

XIX

La plaza de Mérida seguía defendiéndose, y los liberales engrosando sus filas; podía calcularse que habían alcanzado el número de cinco ó seis mil hombres bien armados, que sitiaban la ciudad y practicaban á diario horadaciones en las casas, avanzando así paso á paso hasta el centro de la ciudad, pero de una manera firme y segura.

Campeche, con su escasa guarnición, merced á sus murallas, se sostenía todavía.

Antes de hacer su entrada el Coronel D. Francisco Cantón, de la cual he hecho ya una relación detallada, situado en Izamal, amenazaba á Zepeda, sitiador de Mérida. Este salió para Izamal, y allí hubo un encuentro entre ambas fuerzas, y asegurábase entonces que el Jefe republicano Zepeda Peraza fué rechazado, aunque en dicha acción falleció Padilla, el más bravo campeón de los imperialistas.

En esa acción fué hecho prisionero el Lic. D. Guadalupe Martín Rosado, partidario del Imperio, quien sin carácter militar, seguía á las tropas imperiales.

En estos días de constante lucha, se recibió la noticia de la toma de Querétaro, noticia que circuló más entre los liberales que entre los que guarnecían la plaza y sostenían al Imperio.

Se decía que ni el Comisario Imperial tuvo conocimiento, por cuya razón continuaba sosteniendo al Gobierno destronado.

Campeche fué ocupado por los republicanos; pero antes de esta toma, el Comandante de la escuadrilla, Sr. Juan Simiano, abandonó el puerto y se dirigió á las aguas de

Sisal y de este punto á la Habana. Esta conducta dió motivo á que se sospechara de haber entrado en arreglos con los republicanos.

Entre los prisioneros que los republicanos hicieron, figuraban el General D. Juan Espejo, y el Lic. D. Nicolás Dorantes. D. Pablo García fungía como Gobernador del Estado. Estos prisioneros que he mencionado fueron fusilados en Calkiní en unión del Sr. Ponce que fungió en el Carmen como Prefecto Imperial.

XX

Siguiendo el curso de los acontecimientos en Yucatán, manifestaré: que D. Eduardo González Arévalo, que gozaba de una gran reputación como hombre de valor por haber sostenido el Imperio en San Juan Bautista de Tabasco, llegó al campamento liberal y ofreció sus servicios al Coronel Zepeda. Este, después de haberlo aceptado, consintió en llevar á término un proyecto que tenía Arévalo de asaltar los atrincheramientos del Comisariato, lo que verificado sin éxito, dió por resultado la muerte de dicho Arévalo, á veinte pasos de una trinchera imperialista, con una bandera empuñada.

El sitio de Mérida se hacía cada día más penoso. Las familias que no abandonaron sus casas, carecían de los elementos más principales para subsistir.

El comercio cerrado por completo. En la ciudadela se habían acabado todos los víveres almacenados. El parque y todos los pertrechos de guerra consumidos.

Una fuerza extranjera que como auxiliadora estaba en la ciudadela, comía perros á diario.

Cepeda Peraza comprendió todo esto y pensó que pa-

ra rendir la plaza era bastante con esperar. Así fué, en efecto; pero pocos días antes de la capitulación el General Navarrete y otros Jefes asociados al Comisario Imperial pretendieron resolver un gran problema: el de romper el sitio ó el de desalojar á los sitiadores de sus posiciones, con arrojo incomparable. Para esto contaban con todas las fuerzas, que en número de más de tres mil se hallaban reconcentradas en la plaza sitiada.

Entonces el encargado de resolver el punto, fué el General Navarrete, quien organizó una fuerza escogida de más de doscientos hombres perfectamente pertrechados, con el fin de desalojar á los liberales que ocupaban media manzana del Comisariato Imperial. Entablóse la pelea hecha por horadaciones, y después de un constante batallar, se obtuvo el triunfo; pero efímero y costoso. Se perdieron casi todos los doscientos hombres y más de veinte mil tiros. Deduciéndose de esto, que para desalojar á los liberales, que poseían más de cien manzanas del centro de la ciudad, no eran bastantes el valor y el arrojo, ni tenían el número de hombres necesario, ni los elementos de guerra suficientes.

El plan fué desechado y surgió la idea de una capitulación honrosa.

Los preliminares de ésta fueron emprendidos desde luego. Cepeda Peraza se negó á aceptar como Jeje de la plaza al General Felipe Navarrete, y exigió que el Comisario Imperial fuera el que autorizase á los comisionados que habían de arreglar las bases de la rendición. La exigencia fué admitida: ella hería el amor propio del imperialista Navarrete; pero era preciso ceder en aquellas circunstancias tan apremiantes, en que todo se había agotado hasta el extremo.

Navarrete se resignó para no ser un obstáculo á las condiciones tan buenas que el Jefe republicano Coronel

Zepeda Peraza estaba dispuesto á conceder á los sitiados. Estos, colocados de pie frente á las horadaciones, sosteniendo los puntos que defendían, y los liberales por el lado opuesto, junto á las mismas horadaciones en más de cien manzanas, no podían aguantar ni sufrir por más tiempo, el cansancio, el hambre, la desesperación, y viendo de cerca á la muerte que se paseaba por todas partes ávida de víctimas, que á cada instante se llevaba, permaneciendo las más insepultas en el patio del convento de la "Tercera Orden" por falta de tiempo para sepultarlas y por los peligros que al conducir las se corría.

Desde el principio del sitio, que duró cincuenta y cinco días, casi fué incesante el fuego de artillería. Las balas cruzaban de parte á parte de la ciudad, y el tránsito era imposible.

Vencidas las dificultades, el Comisario Salazar Ilarregui comisionó al Coronel Daniel Traconis y á D. Donaciano García Rejón, liberal distinguido, para que pasasen al campamento republicano y arreglasen las bases de la capitulación con los comisionados de Zepeda Peraza.

No recuerdo quiénes fueron los miembros de esta comisión; pero me parece que fueron D. Leandro Domínguez, el Lic. D. Yanuario Manzanilla y el General Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez.

Aprobadas las bases de la rendición de la plaza que tanto habían defendido, Salazar Ilarregui, Felipe Navarrete, Francisco Cantón, Marcelino Villafañá, Roberto Erosa, Francisco Moreno, Felipe Ibarra Ortoll, Heredia y Peón, Benjamín Pasos, y tantos otros, vieron con la más profunda tristeza arriarse de las almenas del Comisariato, la bandera imperial que ostentaba el águila con la cabeza inclinada por el peso de una corona.

Aquella bandera al descender, se llevó al caer, una esperanza que jamás volverá.

Mérida fué la última ciudad que sostuvo las insignias de Maximiliano y las sostuvo en incontable número de batallas, sacrificándose en ellas miles de yucatecos que en el riguroso sitio se fueron para siempre.

El Imperio había muerto; muerto para el país, para Europa y para los liberales de principios fijos é invulnerables; pero no para los que estiman el Gobierno extraño y los que no tienen más cariño que el propio interés, que dejando á un lado el amor patrio y la felicidad de los pueblos, procuran por medios, aunque innobles, su levantamiento y grandeza particulares.

XXI

El 15 de Junio de 1867, cuatro días antes de que fueran fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía, en el Cerro de las Campanas, de Querétaro, Mérida, la Capital de Yucatán y del Comisariato Imperial de la Península, abría brecha en sus bien contruidos atrincheramientos, para dar paso á los republicanos.

La ocupación de la plaza se hizo en el mayor orden. Los republicanos respetaron en todas sus partes los artículos de la capitulación.

El Lic. Guadalupe Martín Rosado, preso en Izamal por Cepeda Peraza, y puesto en libertad, exigiéndole con su palabra que no volvería á tomar parte con los Imperialistas, fué el único que no pudo salvarse. Aprehendido que fué, y por no haber cumplido su promesa, fué pasado por las armas.

Salazar Ilarregui y todos sus compañeros, conforme á las bases de la capitulación, salieron del territorio de la Península con rumbo á la isla de Cuba.

XXII

Aquí debían darse por terminados estos breves apuntes, reseñados á grandes rasgos; pero no, pues voy á relatar un suceso que se refiere al viaje de la Emperatriz Carlota á la Península, en 1865, ó á principios de 1866.

Al llegar á Yucatán, los partidarios fieles del Imperio la recibieron con gran júbilo.

Para recibirla se gastaron fuertes cantidades en dinero, preparándose arcos triunfales, paseos, banquetes y todo lo que en estos casos es indispensable para dejar satisfecha á una viajera de tan alta categoría de aquellos tiempos.

Excuso detallar con minuciosidad todo lo que entonces pasó, referente á los servicios prestados por los que humillados se postraron á los pies de una señora que representaba nada menos que el dominio extranjero sobre un país libre, y la pérdida absoluta de su independencia conquistada con sangre de héroes en los años de 1810 á 1821.

Carlota Amalia, después de haber recibido en la capital ovaciones sin número, atravesó parte de la Península. Visitó las famosas ruinas de Uxmal, y cargada de obsequios sencillos, llegó á Campeche.

Por el tránsito de Uxmal á Campeche fué obsequiada debidamente por los intervencionistas.

El viaje de Carlota Amalia engendró en el ánimo de los amantes de la corona, una esperanza.

Parecióles que con su planta puesta en el Territorio, el Imperio había creado raíces, robustez y estabilidad.

Terminado el tiempo que ella misma marcó para reci-

bir las demostraciones de sus admiradores, tomó el camino de Méjico.

XXIII

Pocos meses después, la Emperatriz de Méjico salía de Veracruz, llevando en su cerebro el germen funesto de una enfermedad incurable.....

¡Conciudadanos!

Compadecemos á esa víctima del capricho de los soñadores y ambiciosos, y perdonemos á éstos sus extravíos.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

C. Gobernador y Jefe superior de las armas del Estado.—Con fecha 2 de Diciembre del mes próximo pasado dije al C. Ministro de la Guerra lo siguiente: "C. Ministro: Desde que me impuse por los periódicos de Veracruz, de que estaba amenazada nuestra patria por una invasión extranjera, me dirigí á Vd. para que se sirviese manifestar al C. Presidente de la República, que se dignase disponer de mis servicios como soldado del Ejército, fijándome el lugar donde deba presentarme. Temiendo que se hubiese extraviado aquella comunicación, me tomo la libertad de reiterar á Vd. la misma súplica."

Y corriendo rumores de que puede ser invadido Yucatán por fuerza inglesa, y siendo Vd. el Jefe de las armas de este Estado, es de mi deber insertarle la anterior comunicación, rogándole se sirva disponer de mis servicios para resistir la invasión extranjera. No dudo, C. Gobernador, que Yucatán sabrá seguir dignamente la conducta de nuestros hermanos de la República en la defensa nacional, habiendo cabido á Vd. en suerte estar al frente de su administración en tan solemnes circunstancias.

Dios, Libertad y Reforma. Mérida, Enero 19 de 1862.
—*Manuel Zepeda Peraza*.—C. Gobernador y Jefe superior de las armas del Estado.

Gobierno del Estado de Yucatán.—Con satisfacción he visto inserta en el oficio que me pone Vd., fechado el 19